

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

COMENTARIOS ANTE DOS IMPORTANTES PUBLICACIONES DE NUMISMATICA ROMANA

FERNANDO GIMENO RÚA

No es necesario insistir sobre la importancia y el interés de la Numismática romana, tanto si la consideramos en general, como si la referimos concretamente a nuestra Antigüedad. La evolución y expansión monetar de Roma, especialmente en el período preimperial, es decir, las cuatro centurias durante las cuales Roma emite las monedas correspondientes y afirma su presencia, al mismo tiempo que va estableciendo las directrices de la proyección histórica según las cuales su personalidad política quedará configurada, no puede ser indiferente para nosotros. Como es sabido, la expansión territorial y la previa consolidación de la base mediterránea, comporta lógicamente la implicación de la Península Ibérica en una etapa muy concreta y decisiva —la guerra annibálica— con la subsiguiente incorporación al ecumene romano.

En las interacciones de todo tipo determinantes de tal estado de cosas, el fenómeno numismático, conocido en conjunto como moneda —o Numismática— hispánica, ocupa un lugar relevante y de la mayor importancia, tanto mayor cuanto más controvertido aunque sea en sus detalles y, por ello mismo, reclamando una constante y vigilante atención para cuanto de algún modo pueda repercutir sobre sus términos o su planteamiento. Procede ahora recordar dos cosas: el romanismo que la mayor parte de la opinión autorizada atribuye casi por entero —en algún momento lo hizo de una forma total y excluyente— a estas monedas y, por otra parte, la actitud, sin dificultad perceptible ya en lo poco que llevo dicho, según la cual la trama de las tensiones mediterráneas, inseparable del fenómeno monetar hispánico, es una cuestión fundamental y previa.

Me inclino a la creencia de no estar muy descaminado al incluir las obras a que me refiero entre las más importantes de las que han accedido a nuestras librerías en los últimos tiempos. Si bien, al comparar las fechas

respectivas, tengamos la impresión de que, según el ritmo científico moderno no muy operante entre nosotros, la calificación de una correlativa actualidad pueda ser discutible.

La primera es el fascículo 222 de la Biblioteca de las Escuelas Francesas de Atenas y Roma, editado por la Escuela Francesa de Roma en 1973, en dos volúmenes donde, bajo el título de *Moneta*, Hubert Zehnacker (1) reúne los resultados de varios años de labor, verificada con propósito exhaustivo y asimilando aportaciones de positivo valor, sobre todo por la amplitud de las miras con que son incorporadas.

La segunda, editada por la Cambridge University Press en 1974, es obra del eminente y bien conocido investigador Michael H. Crawford (2), también en dos volúmenes dedicados a la moneda romana republicana. Sus resultados, igualmente exhaustivos, aparecen expuestos en una forma más escueta, concisamente esquemática si se quiere, aunque sin merma de la indispensable amplitud. Este planteamiento parece natural si tenemos en cuenta que el autor ha llegado a este punto después de una dilatada labor investigadora, comenzada —según él mismo nos refiere— en 1961, como consecuencia de la necesidad de superar los problemas planteados por la moneda romana en orden al fundamento de sus estudios de economía sobre sólidas bases.

Las diferencias entre una y otra se comprende que habrán de ser en consecuencia considerables. Quienes se inclinen hacia un método de sugerencias preferirán la obra francesa, mientras quienes prefieran un método de resultados optarán por la inglesa. Mi propósito está muy lejos de comentar ambas bajo un ángulo en demasía estrecho, es decir, ante un arco de muy exigua luz en proporción a su radio, y eludir el objeto principal volviéndome hacia esa crítica pedantesca, para mí inconsistente y estéril, que consiste en la obsesiva persecución y captura de defectos. Antes bien, considero mucho más útil atender a la importancia, dimensiones y calidad global de estos trabajos, sabiendo que toda obra va acompañada de inevitables deficiencias por buena que sea. Otra cosa sería si de ello pudiera derivarse un concepto gravemente equivocado; supuesto ni remotamente previsible en este caso.

Insiste Zehnacker en una idea directriz básica, consistente en anteponer un planteamiento de conjunto a la ordenación cronológica de las

(1) Zehnacker, Hubert: *Moneta. Recherches sur l'organisation et l'art des émissions monétaires de la République romaine* (289-31 av. J.-C.), 2 vols. *Bibliothèque des Ecoles françaises d'Athènes et de Rome. Fascicule deux cent-vingt-deuxième. Ecole française de Rome. Palais Farnèse, Rome, 1973.*

(2) Crawford, Michael H.: *Roman Republican Coinage*, 2 vols. *Cambridge University Press. First published, 1974.*

emisiones clásicas republicanas. Es muy interesante y útil hacerse eco de este criterio, así como de la evidente diferencia entre las emisiones anteriores al 120 y las posteriores a esta fecha, sin duda concordante aunque no coincidente con la de 133, por muchos autores considerada como la inicial de cambios consustanciales de todo orden, pero principalmente en el social y económico, y forzosamente, por tanto, en el monetario. Para la fase inicial se apoya preferentemente en Thomsen (3) y reserva su atención directa para las emisiones subsiguientes que denomina muy acertadamente clásicas, en definitiva posteriores al 211.

Bajo estas premisas, su programa se orienta a que ninguna incógnita quede por examinar, y en la exposición del proceso adopta un estilo narrativo que hace de su lectura una fuente de estímulo extraordinariamente fructífero en cuanto a perspectivas de trabajo; diríamos que no es un libro para establecer conclusiones, sino para proponer iniciativas. Desde el estudio del cuadro general de las emisiones monetales en Roma, llega al examen individual de las series familiares. Para ello se enfrenta con todos los problemas, siguiendo un método convergente donde son admitidos los apoyos argumentales procedentes de otros campos. Con este sistema las cuestiones aparecen con una entidad distinta y se ven bajo una nueva luz. En síntesis, el contenido axiológico de la obra se polariza en tres opciones fundamentales: el estudio técnico y material de la amonedación, el estudio administrativo y social y el estudio tipológico-estilístico. En cualquiera de estas direcciones los problemas que integran el proceso histórico que conocemos con el nombre de *moneda romana republicana*, recibe el tratamiento necesario y la solución posible. Ahora bien, sin soslayar ningún aspecto, sea técnico, económico, histórico, social, político, estilístico y aun biográfico. Ni tampoco, como hemos visto, ninguna sugerencia ajena a los estrictos límites numismáticos. Puede suponerse el alcance y volumen del aparato bibliográfico consiguiente. Sería inútilmente prolijo enunciar las cuestiones de detalle que son examinadas. Señalaré, por su particular interés, el análisis estilístico de las emisiones, considerado sobre la base de las circunstancias históricas concurrentes, donde se trata por extenso la iconografía personal, los valores plásticos con su función enunciativa de carácter heráldico y la evolución de todos estos elementos.

Una concepción enteramente distinta es la que preside la obra de M. H. Crawford. Es posible que para muchos de nosotros signifique un

(3) Thomsen, Rudi: *Early Roman Coinage. A study of the Chronology*, 3 vols. *Nationalmuseets Skrifter. Arkaeologisk-Historisk Raekke V, IX y X*, København, 1957 y 1961.

más útil instrumento de trabajo, sin duda por la innegable comodidad que representa la localización sin obstáculos del dato concreto que se necesita. Pero es necesario tener la precaución de no dejarse llevar por esta facilidad primaria y no deducir de ella, sin más, conclusiones de valor científico, con mayor razón si ha de ser para hacer aplicación de ellas al campo de la investigación local. La obra de Crawford merece y ofrece mucho más, y la consideración atenta de sus proposiciones conduce a un conocimiento profundo y diríamos que definitivo sobre la moneda romana republicana, así como a la formación de unos condicionamientos de criterio, los cuales como mínimo habrían de anteponerse a la iniciación de cualquier clase de reflexión sobre materias afines.

En realidad, la extensión y profundidad del trabajo realizado por Crawford es equivalente al de Zehnacker —sin que ello ni cuanto sigue signifique insinuar comparación alguna de valor estimativo, cosa carente de utilidad por otra parte— y las cuestiones tratadas son análogas. La diferencia, ya lo he indicado, reside en que Crawford las trata de una forma completamente distinta, como podremos ver. Su método responde al criterio estricto y escueto preferido en la investigación numismática británica. En este sentido, se concede una indiscutible importancia a la definición cronológica de las emisiones y al catálogo ordenado y descriptivo de las mismas. Así, en el primer volumen quedan resueltas estas cuestiones y todas las demás concomitantes. El segundo viene a ser como la explicación ampliada de los problemas fundamentales que afectan a los aspectos técnicos, administrativos, económicos y artísticos. Los principios técnicos que están en el origen del criterio aplicado, van expresamente declarados en las palabras iniciales del autor, quien subordina la eficacia como fuente histórica de esta parcela de la Numismática romana al cumplimiento de tres condiciones: primera, inventario completo y minucioso de los materiales; segunda, establecimiento del cuadro cronológico; tercera, identificación de los centros de emisión o cecas.

En cuanto a las dos grandes etapas que se distinguen inequívocamente y a primera vista en este período monetario no establece diferencias vinculadas de modo expreso a una fecha o a una conjunción técnica-estilo como suele hacerse en general, enunciando una etapa «primitiva» y otra «clásica», pues si bien en realidad viene a ser lo mismo, consecuente con sus principios se basa en una continuidad argumental de naturaleza económica inherente a la propia moneda, con lo cual los términos de la diferenciación son enteramente lógicos y concluyentes. Crawford distingue entre una etapa de la moneda de plata de peso 6 escrúpulos (6,8 g., aprox.) «didracmas» y otra de peso 4 escrúpulos (4,5 g.,

aproximadamente) «denarios». También dedica atención preferente a la segunda.

Acaso no sea enteramente necesario, pero pienso que tampoco será abusivo subrayar que ambos autores admiten la fecha inicial del denario vinculada con el 211 a. C.

Téngase en cuenta, insistiendo en el alcance de la obra, que con las descripciones individuales de las piezas que integran el catálogo se exponen los comentarios pertinentes de cualquier orden que sea necesario, aclarando las circunstancias particulares de matiz histórico. Son considerables los argumentos estadísticos, desplegados en abundantes, detallados y completos cuadros sinópticos. Y entre las láminas, con un completo inventario de tipos, destacan cinco de ellas dedicadas a la reproducción, en dibujo de línea, de símbolos y marcas.

En resumidas cuentas, el carácter diferencial de esta obra consiste en que no da cabida a la narración discursiva, sino que, de entrada, propone un amplio cuadro de conclusiones precedido de unas elementales y breves notas de orientación, indispensables para su adecuado manejo y comprensión. Se da evidentemente por sentado que cualquier clase de reflexión es una cuestión subjetiva cuyo planteamiento y desarrollo corresponden a una zona externa a la que está ya definida o delimitada por las conclusiones expuestas. Podríamos suponer que ello responde a la trayectoria profesional del autor, originariamente interesado por la historia —por tanto propicio a que los trabajos instrumentales o auxiliares se mantengan dentro de los límites propios— cuanto al estilo que hoy día podemos ya considerar como tradicional en la investigación británica sobre estos temas. Sea como sea, no cabe duda de que este trabajo es muy atrayente para quienes no desean tropezar con trabas o interferencias para los fines de su actividad; si bien repito lo dicho: no debe olvidarse que el amplísimo y denso compendio de conclusiones ofrece prácticamente toda suerte de oportunidades teóricas.

No sería exacto ni tampoco significaría nada decir que estas publicaciones representan una novedad en el campo de la Numismática antigua. En primer lugar porque, estrictamente hablando, sabemos que no lo son. Y además porque no respondería al verdadero efecto producido por su aparición. Es más acertado enfrentarnos con ellas con la mezcla de atención y curiosidad que suscita un acontecimiento. En consecuencia, hubiera sido insuficiente —o inoperante— reducir la noticia sobre ellas a una escueta ficha bibliográfica, acompañada de un extracto del contenido. Si pretendemos justipreciarlas a partir de su confrontación con el esquema enunciado como «acontecimiento», es necesario manifes-

tar, cuando menos, el porqué. Por lo pronto, diremos que cabe admitirlo así en cuanto vienen a completar un ciclo antes de ellas inconcluso y a confirmar un conjunto de presupuestos sobre cuya trabazón es ahora posible alcanzar una noción más coherente —yo añadiría que definitiva; sin olvidar el valor relativo de éste y otros conceptos— acerca de la Numismática romana republicana y, sobre todo, disponer de perspectivas con mayor estabilidad para su aplicación a cualquier otra materia que tenga relación con ella. Y antes de proseguir quiero hacer constar el alcance enteramente subjetivo de mis afirmaciones, apelando al estricto y equitativo postulado de reciprocidad en la independencia de criterio, para lucrarme también de ella.

Descendiendo a un terreno pragmático, a partir de ahora este período de la Numismática romana es asequible por entero a base del empleo de cuatro instrumentos que, designándolos por los nombres de sus autores, son: Sydenham (4), Thomsen, Zehnacker y Crawford. Esto equivale a decir que las obras aquí comentadas vienen a coronar la trayectoria iniciada por Rudi Thomsen y que, si bien era difícilmente objetable —desdeñando los reparos opuestos por la «minicrítica»—, dentro de los límites propios del tema planteado, a saber: la discutida fecha de aparición del denario, ofrecía no obstante presuntos resquicios para la interposición de reservas. La causa residía en la circunstancia de no haber ido más allá del límite propuesto —la fecha averiguada, como era natural— y persistiendo por tanto en el aire la problemática de la fase posterior, es decir, desde el denario hasta Augusto.

Este clima de controversia, en parte debido también a la inercia frente al método crítico inaugurado por Thomsen, paradójicamente derivaba de la obra hasta entonces más completa, de consulta ineludible todavía, pero que precisamente por sus deficientes o poco satisfactorias proposiciones había despertado la necesidad de verificar las revisiones conocidas, incluida la que estoy comentando. Esta obra es la de Sydenham. Atención: no se olvide que, *mutatis mutandis*, el catálogo de Sydenham es plenamente válido y que, una vez más, a él se recurre incluso en esos recientes trabajos que han inspirado cuanto vamos diciendo.

Los resultados establecidos por Thomsen son indudablemente importantes, como cabía esperar de los factores integrantes del objeto de su trabajo, así como del análisis de todos los fundamentos necesarios para esclarecer el referido problema, uno de los más importantes en la historia monetaria romana y que, a partir de él, quedaba vinculado a la citada

(4) Sydenham, Edward A.: *The Coinage of the Roman Republic*. Spink & Son, Ltd., London, 1952.

y bien conocida connotación cronológica. Sin embargo, no es ésta la única utilidad que debe serle reconocida, sino también el establecimiento del esquema monetario que precede y conduce a este momento, la crítica de bibliografía y fuentes, los paralelos históricos, que añaden una proposición de resultados, acaso discutible en algún detalle, pero en conjunto enteramente válida, positiva, convincente y particularmente densa. No creo necesario ni oportuno referirme a otras directrices desarrolladas igualmente en el decurso de su investigación. Lo que sí debe ser destacado a mi juicio, por ser lo más aleccionador, es la novedad de su método crítico, ejercido inexorablemente y paso a paso hasta sus últimas consecuencias. Naturalmente, las conclusiones así alcanzadas fueron motivo para una breve polémica, de matriz preferentemente casuístico y ocasional que, por lo mismo, no tardó en extinguirse, de manera que hoy día apenas se discuten seriamente y no parece presumible haya de volverse sobre ellas, muy especialmente por lo que respecta a la principal, admitida en general sin reservas o con alguna oscilación de alcance no estimable.

Prescindiendo de la consideración de ésa que me inclino a llamar pequeña crítica —«minicrítica» he dicho antes— a causa de lo exiguo de sus dimensiones, con frecuencia anecdóticas y locales, la trayectoria inaugurada por Rudi Thomsen no se transfiere decididamente a un nivel de autoridad fehaciente y sustantiva hasta la aparición de estas obras de Zehnacker y de Crawford. En cambio, su orientación metódica produjo los previsibles efectos, extendiendo su ejemplo a zonas diferentes en el conjunto de la investigación numismática antigua, y en particular por lo que a nosotros atañe. Podríamos afirmar que las actitudes conjeturales, las proposiciones intuitivas, la indulgencia crítica frente a los problemas planteados por la moneda, despiertan automáticamente una sensación de recelo que apunta a la posible inconsistencia y consiguiente rechazo, irreversible ya después de la coherencia producida por estos investigadores coincidentes.

En este orden de cosas no hay que olvidar a Sydenham, que a partir de este momento se consolidará como una clave donde apoyar la unidad común o los paralelos, y la raíz material en ulteriores planteamientos solventes.

Sin necesidad de repetir los argumentos que demuestran la entidad preeminente del fenómeno constituido por la Numismática hispánica, recordemos que los materiales españoles son tenidos en cuenta por los cuatro investigadores, pero con destacada preferencia por Thomsen, quien, para analizarlos, parte de la indispensable concordancia con los autores

precedentes cuyos puntos de vista calibra detenidamente. Ello nos confirma el interés que para nosotros supone el conocimiento de la moneda romana republicana, como ya decía al principio. El manejo de los hallazgos por Thomsen y Crawford merece una atención muy especial y sobre todo observándolo desde «el otro lado», es decir, tal como aparecen englobados en el conjunto de los hallazgos estudiados. No trato aquí de deducir conclusiones de aplicación práctica para nosotros, ni menos de formular apreciaciones críticas. Ni me parecería ético ante la envergadura de la actitud, del *motus* teórico, que todos estos investigadores acreditan, ni lo justificaría el rendimiento esperable que, dados los caracteres propios del cuadro de nuestros problemas, habría de ser ingenuamente exiguo.

Lo importante y lo fructífero es el método demostrado y las óptimas consecuencias que son posibles a partir de unos óptimos y rigurosos trabajos como los aludidos. Nos conviene saber, no obstante, que ni la laboriosidad ni el volumen consiguiente, tan respetables por las razones expuestas, no bastan por sí solos y en nuestras condiciones no pueden ya contentarnos. Si, aunque imprescindibles, son insuficientes, para que dejen de serlo es necesario impregnarlos del rigor que nos muestran las obras comentadas. Esto es lo importante, lo que interesa y la escuela que se debe adoptar, sin perjuicio, antes bien, con el propósito de aplicar criterios propios y válidos realmente; no que lo parezcan o los admitamos así sin más ni más.

¿Qué utilidad inmediata podremos deducir para nuestros problemas todavía no resueltos a plena satisfacción, buscando una mera adecuación a las soluciones casuísticas espigadas entre el sistema de resultados obtenidos por estas obras, con los que aquéllos están indudablemente relacionados, si empezamos olvidando la previa reconsideración de problemas y método según lo que aquí vemos? Lo más probable es que, sin esta precaución, aumente el número de puntos controvertibles, así como las conjeturas presentadas con la apariencia de soluciones más o menos válidas en la esfera de las hipótesis. No olvidemos la calidad y la entidad de las contradicciones que se plantean entre las monedas hispánicas y el plano histórico de fondo sobre el cual se sitúan. No se puede ya, si aspiramos a manejar criterios de mayor solvencia y, por lo mismo, orientables sobre un cuadrante más amplio, diferir el regreso al punto de partida, reemprendiendo el camino desde el principio, comprobando la bondad de lo que se tiene por bueno y renunciando a entablar nuevas cuestiones en tanto alguna previa haya quedado sin solución satisfactoria. Lo contrario habría de representar una incomprensible abdicación

ante una posible mejora de las perspectivas. Perspectivas que, identificándolas con alguna configuración material, se hallarían fuera de nuestro perímetro litoral donde, por ahora, se detiene nuestra expresa intención investigadora. Al decir esto, tenemos muy presente la existencia y el valor de la exploración por zonas más apartadas, donde puede encontrarse explicación a muchas incógnitas concretas. No hacerlo supondría ignorar la capacidad y la probidad de nuestros investigadores. Pero yo diría que se procede con demasiada cautela por lo que a la Numismática se refiere. Confío en que no se me interpretará torcidamente, pues no he querido decir más que me parece percibir una posible escasez de interrogaciones hacia materias o hacia hechos no aparentes o no reconocidos. En otras palabras, hacia el planteamiento del problema también desde «el otro lado».

Me atrevo a esperar que estos trabajos, proyectados más allá del ámbito topográfico que les es propio, habrán de permitir algunas cosas nuevas en nuestros horizontes. La más importante, aplicar nuevos criterios metodológicos en el estudio de nuestras cuestiones, evitando las actitudes apriorísticas, es decir, depurando de prejuicios la consideración y el análisis de los problemas. Prejuicios, juicios antes de, prematuros, cuyo fundamento ya no podemos percibir con claridad y, en consecuencia, se hace necesario aplicarles una crítica retrospectiva hasta sus orígenes. En segundo lugar inducen a la conveniencia de poner fin al confusionismo en las publicaciones donde inventarios ahistóricos pretenden autorizarse bajo el apelativo de catálogos, cuando en realidad apenas se puede reconocer un valor monográfico en sus comentarios —cuando los hay— y monografías que son una mera acumulación de comentarios, sin otro fundamento que el criterio personal más cerrado, postulan la calificación de más altos capítulos en el sistema de soluciones.

Bien comprendo que estas palabras son insuficientes, primero, para ser bien comprendidas; segundo, para disponer de justificación bastante. Por ello admito que no parezcan convincentes. ¿Pueden serlo en realidad? Por lo pronto, para esperarlo habría que añadirles amplitud y detalles, cosa que no es posible hacer aquí. También es cierto que me he propuesto exponer un comentario y no un análisis crítico, ni mucho menos un tratado de metodología. Sin embargo, estimo que las opciones hacia el convencimiento habrían de ser consideradas y debidamente ponderadas. De momento no me importa, antes al contrario, declarar una motivación subjetiva: el efecto estimulante y el imperativo de lo perfectible que suscita la obra bien hecha.

Y, por otro lado, suponiendo favorablemente superados estos motivos de reflexión inicial, los medios de orden práctico para colocarlos en vías de hecho se presentan hartamente complejos para que su aplicación no fuera, por lo menos, laboriosa. Ahora bien, ambas objeciones son externas al objeto de la cuestión y dependen de los medios disponibles para resolverlas. Recapitulando: las obras que han conducido a este comentario nos deben incitar a una seria meditación; y el hecho de haber escrito alguna vez sobre las materias referentes hace que me considere igualmente incluido en esta incitación. Precisamente por ello me atrevo a opinar como lo hago y a formular tal proposición. Creo que no habría esperar cosa mejor que la cooperación en una comunidad de esfuerzos debidamente coordinados.